

El trote de dos caballos

Juan Pablo De Velasco Macías

El hambre es ahora nuestro vecino, el ciudadano infaltable en esta tierra que es mi hogar, el invasor de esta comunidad a la que he pasado una vida defendiendo. Bajo este asedio en el que se pierde la cuenta de los días, las calzadas y puentes se han cerrado para convertir nuestros hogares en tumbas; la enfermedad y el hambre se ciernen sobre nosotros como un recordatorio de quienes están al otro lado del lago, listos para venir por nosotros; un recordatorio de que la gloria ha terminado, que solo podemos esperar la muerte. Y así esperamos cada día, temiendo oír el sonido de las bestias; aguantamos expectantes y firmes a escuchar los relinchos de sus bocas y el choque de sus cuatro patas contra el suelo.

Esperamos hasta que ya no hay que hacerlo, hasta que recibimos la señal, hasta que los rumores invaden a la población y se tornan en una verdad innegable: los hombres barbudos han cruzado el lago.

Esas últimas horas son difusas en su mayoría; no sé en qué momento nuestra valiente resistencia se tornó en una huida en la que cada uno estaba por su cuenta. Pero hay algo que sí recuerdo, el primer enemigo al que enfrenté en este día; no apareció ante mí un hombre barbado a lomos de su extraña montura, en vez de eso, recibí en la batalla a un

hombre moreno que luchaba a pie con cuchillo en mano, un traidor entre los pueblos a los que hicimos rendirse ante el tlatoani o un enemigo de los grupos obstinados que nunca se sublevaron a nuestras fuerzas.

No hice distinción, se unió al invasor y como tal lo traté; tomó las armas contra mi gente y mi hogar, sin dejar lugar para treguas. De mí solo recibió la rabia de mi alma; lancé golpe tras golpe hasta que mi arma quebró su cuello, dándole un beso de obsidiana que hizo brotar la sangre de su garganta, mientras su cuerpo agonizante caía al suelo. Vi la sangre de mi rival caer al suelo y, a lo lejos, las llamas se alzaron sobre los techos de mi hogar. ¿Estamos los hijos de esta tierra condenados a enfrentarnos entre nosotros? ¿Es nuestro destino ser siempre pisoteados? ¿Existirá algún lugar y tiempo para una nueva Tenochtitlan? ¿Una metrópolis donde la ausencia de discordia y tiranía dé lugar a una gloria que arda como un fuego que nunca se consume? ¿La merecemos? ¿Merecemos esto?

—

El caballo no ha parado de jalonearse en todo el camino de regreso a la hacienda, y no podía ser de otra forma; el potro salvaje se encuentra por primera vez atado por las sogas y obligado a caminar lado a lado con las personas. Yo mismo lancé la reata que hizo que el animal finalmente se rindiera, pero entre todos nosotros hemos tenido que traerlo a fuerzas para guardarlo y amansarlo.

Qué cara pondrían los terratenientes y hacendados más allá de Azcapotzalco si vieran la particular comitiva que regresaba de lazar corceles: indios a caballo, como en ningún otro lugar fuera de la Hacienda de Careaga se permitía, un par de criollos enviados a trabajar por sus padres para que fuesen alumnos de las labores del campo y luego regresasen como maestros a sus propios terrenos, y otros pocos mestizos, entre los que me cuento.

Qué cara no puse yo cuando entré a trabajar en esta hacienda; yo, un hijo de europeo y madre indígena, un mestizo que queda bailando entre los estratos de estas villas, pasé una vida juzgado en silencio por ojos de gachupines e indios por igual. Yo mismo aprendí de sus miradas a juzgar con las mías, a maltratar sin levantar mano y a ofender sin abrir la boca; pero al llegar a la Hacienda de Careaga, tuve que aprender a aplacar el perjuicio y trabajar codo a codo con gente de toda casta, porque en las tierras del padre Sebastián hasta el negro es tratado a cuerpo de rey y el indio monta al animal del español.

En esta hacienda uno debe aprender un poco de todo, se me ha enseñado a cultivar los campos, he cuidado de ovejas y he trabajado con bueyes, he montado carretas y hasta he ayudado a componerlas; aquí me dijeron cómo usar la reata y me terminaron de enseñar el cómo montar un caballo. Pero por primera vez me he decidido a amansar por mi propia cuenta a un potro; domaré al animal que hemos agarrado esta mañana, este caballo será mi montura.

—

En medio de la retirada y la masacre, encontré a un compañero, un vecino que también defendía la ciudad, quien ahora me acompaña mientras nos ocultamos como lagartijas entre troncos y piedras, material que serviría para formar hogares y templos, pero se ha reducido a ser nuestro escondite.

Levanto un poco la mirada y lo observo, un invasor unido a su montura, portando su arma que escupe fuego. Hace no mucho les recibimos como dioses que venían de donde sale el sol, pero aun con todos los misterios que esconden sus armas estruendosas y las bestias de cuatro patas con las que se vuelven uno, han demostrado que no son más que hombres, y como tales, pueden errar, pueden sangrar y pueden morir.

Con esa idea en mente, mi acompañante y yo iniciamos un desesperado plan; mi aliado se aleja llamando la atención del enemigo, haciéndose notar lo suficiente para convertirse

en una opción de blanco para un disparo, pero con la suficiente cautela para que, con algo de suerte, el invasor no pueda acertar. El arma retumba salvajemente dándome la señal para poder acercarme; el rival está distraído con mi camarada, en estos momentos no logro preocuparme por su destino, solo puedo enfocarme en concretar el plan; me lanzo velozmente contra el enemigo, le sorprendo atacándolo por la derecha, con un golpe de un improvisado garrote logro separarlo de su montura y cae al suelo.

No comprendo la naturaleza de estos seres; andan en dos pies como cualquiera, pero pueden hacerse uno con sus mascotas, esas cosas que llaman “caballos”, y en esa fusión aprenden a correr en cuatro patas. No comprendo su naturaleza, pero la he aprovechado para separarlos. El falso dios, el embustero invasor, ahora se encuentra derribado en la tierra; no tengo piedad con él, azoto mi garrote una y otra vez contra su cráneo, y cuando no es suficiente, tomo una roca del suelo para rematarlo. Sigo dando golpes contra el cadáver destrozado hasta que un relincho me devuelve a la realidad y me recuerda una vez más lo poco que comprendo la naturaleza de estos seres; olvidé que la montura puede seguir andando sin su jinete, nunca cometeré ese error de nuevo, no tendré oportunidad, porque al darme la vuelta veo cómo las patas del animal se abalanzan salvajemente contra mí.

—

Otro día en el que vuelvo a besar el suelo y me arrastro torpemente fuera del corral. Mis esfuerzos terminan otra vez en fracaso y no logro domar al caballo; al salir de la cerca, escucho al caporal riéndose de mi caída, cuando termina de burlarse, repite los consejos que me ha dado muchas veces, me recomienda que pase los ratos libres acercándome al caballo con comida y buenos tratos en vez de solo encontrarme con el animal al momento de dominarlo. Le ignoro; el caballo ha pasado semanas en los establos, ya se debe haber

acostumbrado a la presencia de las personas, solamente es cuestión de seguir insistiendo y terminará por rendirse.

Me pongo a pensar que antes de trabajar aquí ni siquiera me hubiera atrevido a pensar en domar por mi cuenta a un caballo silvestre. Nunca fui ajeno a estos animales, pero mi relación con ellos ha sido algo extraña. En la infancia, borrosa y lejana, conviví con los caballos famélicos de mi padre venido a menos, potros enfermizos y débiles que nunca se acostumbraron al continente. Estas escasas convivencias se mezclan con el sentimiento que sentía mi madre hacia estos animales, a pesar de que la vida matrimonial le había acercado a estos animales, ella tenía muy grabados los relatos de viejos familiares que hablaban de estos como bestias usadas como herramientas de conquista, un sentir heredado que alcanzó a permear en mi forma de verles.

Traigo mis pensamientos de regreso al presente; el derribo me ha dejado el cuerpo adolorido y las rodillas ensangrentadas. Esto está empezando a hartarme; mi insistencia parece no ha sido suficiente para dar los resultados que quería. Una vez más me enfrento a la realidad de que tengo que dejar la terquedad de lado; tengo que intentar una manera diferente de domar al caballo.

—

El dolor se apodera de mí; por cada movimiento de la bestia siento cuatro pezuñas que se hunden en mi carne. Sus pisadas encabritadas van destrozando mi cuerpo en una serie de golpes interminables, mis huesos se parten bajo su mortal baile; hay tantas partes de mi cuerpo que arden en carne viva por el dolor, y otras tantas que ya no las siento. El peso del animal hace que la sangrante piel de mi espalda se vaya hundiendo en la arena. Y de repente el monstruo se detiene, sus patas dejan de pisotear mi cuerpo mientras se aleja marchando a quién sabe dónde. Caballo, qué palabra tan extraña, qué bestia tan aterradora.

Me quedo tendido en el suelo, agonizante, esperando a que un enemigo venga a reclamar victoria y me remate, o a que un amigo sienta compasión de mí y le dé fin a esto. Pero la muerte rápida nunca llega; solo recibo un lento deceso que se siente interminable, me desangro lentamente sobre la tierra que fue mi hogar. Porque en toda tierra donde la bestia que es la discordia no logra domarse, solo quedan sus huellas cubiertas de sangre.

—

Me retiro impaciente a la misión que me he impuesto, hoy tengo que domar a ese caballo por mi cuenta, o le pasarán la tarea a cualquier otro hasta que logren amansar a ese potro y hagan que sirva de algo en la hacienda. Un sentimiento me impide rendirme; algo más que la terquedad me devuelve una y otra vez a ese corral; la pasión y el orgullo han vuelto de esta tarea mi principal compromiso.

He aceptado los consejos del caporal, he aceptado la guía de otros trabajadores a la espera de lograr mi cometido; llevo varios días acercándome al caballo para alimentarlo y limpiarlo, acostumbrándolo a mi presencia en un intento de aplacarle; espero que dé resultado. Agradezco la ayuda, una vez más me han recordado que si queremos prosperar en esta hacienda, en esta tierra, no queda otro camino más que el de la colaboración.

Finalmente me subo a los lomos del animal, y una vez más el equino se encabrita y da decenas de brincos para quitarme de encima, sus coléricos esfuerzos empiezan a dar resultados, siento como mis piernas se separan de su cuerpo y mis manos amenazan con soltarse, pero hago un último esfuerzo por agarrarme de la silla que me devuelve algo de estabilidad. La pelea entre montura y jinete continúa hasta que los brincos pasan a ser un trote brusco, y tras muchos segundos que se sienten eternos, hasta que esa brusquedad desaparece y llega la quietud. He domado al caballo.